



Cervantes: la importancia de los cimientos

Cervantes: the Importance of Foundations

■ José Luis Puerta

■ ¿En qué terreno moral se hundan las raíces de un hombre que no ha tenido una existencia fácil, que su vida ha transcurrido al margen del éxito personal y profesional; pero que ha sido capaz de insuflar vida a uno de los personajes más arquetípicos y universales de la literatura? ¿Qué principios, pese a tener como compañero inseparable a lo largo de su existencia al infortunio, está dispuesto a defender? Y ¿qué umbrales está presto a traspasar para preservar aquello que un ser humano tiene por lo más valioso? Escuchemos lo que don Quijote le dice a Sancho y que miles de veces se ha repetido: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar cubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres" (II, 58).

Es ésta una de las laudatorias más elocuentes que jamás se han escrito sobre la libertad, valor que —como ocurre con la honra— debe anteponerse a la propia vida. Quizá, porque sin libertad y honra no cabe una vida humana auténtica y plena. Semejante afirmación puede resumir toda una biografía, y da luz sobre qué asuntos verdaderamente importan a quien con esta bazarria escribe; que no es otro que Miguel de Cervantes. El que estuvo cinco años (1575-1580) preso en Argel (cuatro veces malogradamente intentó escaparse) y en tres ocasiones dieron sus huesos en las cárceles patrias por no tener tino en el *orden* y la *forma* que, desde tiempos seculares, reclama la oportuna rendición de cuentas públicas a la inmisericorde e irracional máquina de la burocracia española. (Sirva como muestra un botón; haga memoria el amable lector de la gloriosa presentación de cuentas, que todos aprendimos en el antiguo bachillerato, y que así comenzaba: "Por picos, palas y azadones, cien millones de ducados...") Como pocos, aprendió con sangre el significado de la libertad, y también como pocos supo saborear el gusto de recuperarla: "Gracias sean dadas a Dios —dijo el cautivo— por tantas mercedes como le hizo; porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida" (I, 39).

Pero Cervantes no queda prendido en ese sésamo que es la libertad, esa prodigiosa palabra capaz de abrir las cancelas del corazón humano y dar salida a los ímpetus más nobles y vehementes, sino que también —adelantándose a su época— incursiona en el espinoso tema de las libertades. Este individuo vapuleado por la vida está comprometido con lo que piensa; no es un diletante, actúa, y además, como tantas veces ocurre en su obra, no le importa arriesgarse —eso sí, con astucia e ironía— en la didáctica de los valores e ideas que tienen que amalgamar el cimiento sobre el que debe erguirse el buen hacer de los humanos. Así, en *La Numancia* una heroica numantina con un niño en brazos y otro cogido de la mano exclama: "Decidles [a los romanos que nos asedian] que os engendraron/ libres, y libres nacisteis,/ y que vuestras madres tristes/ también libres os criaron... ¡Oh muros de esta ciudad!/ Si podéis hablar, decid/ y mil veces repetid/ ¡Numantinos, libertad!" (1.346-1.357).

El cuestionamiento de la corrección política (no se nos pase por alto el detalle de que, cuando estos versos se componen, la Conquista de América y las campañas en Europa están en su apogeo) y el pensar por cuenta propia y señalar la injusticia que con tanta frecuencia enmascara la opinión social más asentada, le lleva a aborrecer también cánones como el que reza: "la mancha del honor solo con sangre se lava". Todo ser humano, nos enseña la pluma de Cervantes puede ser menos cruel, más comprensivo, y convivir con los demás sin que se produzcan derramamientos de sangre. Debe haber cabida para los sentimientos más tiernos, para la generosidad, sin que ello suponga una merma para la lucidez ni un claudicar de las convicciones más prístinas. La factibilidad de todos estos principios toma cuerpo en la figura del anciano y sabio padre de Leocadia (protagonista de *La fuerza de la sangre*), quien no puede evitar a las afueras de Toledo la brutal violación de su hija. Y para aliviar el sentimiento de culpa que —por prejuicios sociales y una moral hipócrita— atormenta a su hija, le habla con estas serenas palabras: "Y advierte, hija, que más lastima una onza de deshonor pública que una arroba de infamia secreta. Y, pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonorada contigo en secreto: la verdadera deshonor está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud; con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende a Dios; y, pues tú, ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamás te mire sino como verdadero padre tuyo".

Puede notarse como apuntala esta reflexión un concepto utilitarista de la moral o, si se quiere, un pragmatismo mundano. Toda una advertencia para navegantes de parte de alguien que no es un ingenuo, y que conoce al dedillo la procelosa sociedad en la que vive; en la que el deshonor equivale al desprecio y a la marginación social. (La moral cervantina se asienta en la razón, y la caricatura y la ironía no son más que un recurso para presentarnos la faceta más indigna de muchas situaciones sociales.) Las deletéreas consecuencias del escándalo (hoy al igual que ayer) hay que evitarlas a toda costa, bien lo sabe subrayar —con casi toda seguridad, por viejo— el padre de Leocadia: "más lastima una onza de deshonor pública que una arroba de infamia secreta".

A Cervantes no le acompañó el éxito. Sin embargo, parece que en asuntos de la *res publica* estaba perfectamente ubicado, y su inigualable capacidad para el relato ágil y elegante hizo

que, atendiendo todos los ángulos de vista, retratase con hilaridad las situaciones más complejas. Aquellas que muy pocos tienen la ocasión de protagonizar o, sencillamente, conocer de primera mano. Quizá, por eso, su hijo dilecto fue un loco *sui generis* o un loco que nunca dejó de hacer pie ni en las realidades sociales ni en el discernimiento de las pasiones que mueven los engranajes de la conducta humana. Este pragmatismo y sagaz sentido de la orientación en cuestiones sociales, morales y políticas queda plasmado sin ambages en estas palabras que brotan de la garganta de nuestro admirado Hidalgo: "—Mira, amiga —respondió don Quijote—: no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y, aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos a los otros; porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; pero nosotros, los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frío, al aire, a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasión los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos" (II, 6).

En su reciente biografía sobre Cervantes, Alfredo Alvar Ezquerro (*Cervantes. Libertad y genio*. Temas de Hoy, 2004) nos cuenta como el héroe de Lepanto convence a su hermano Rodrigo para que solo él sea el rescatado por los mercedarios que van a su busca, en 1577, a Argel. Y también cómo algunos meses más tarde, en su segundo intento de fuga, para evitar el castigo colectivo exhorta a sus compañeros de fatigas para que todos coincidan en señalarle a él como el único responsable del plan fallido.

Don Quijote podrá estar loco y ser valiente con porfía, pero no se engaña a sí mismo: sabe quién es. Y al igual que su creador es generoso; virtud que nace con cierta espontaneidad entre aquellos que han decidido no doblegarse ante la fatalidad, y que han comprendido que para arar solo se dispone, a la postre, de los bueyes que la fortuna nos quiere prestar. Por eso, don Quijote vuelve una y otra vez, como pródigo caballero andante, a castigar la injusticia y el abuso, y a enderezar entuertos. Y, quizá, ésta es una de las grandes enseñanzas de Cervantes y su Hidalgo: sabernos mostrar en cada episodio vital que es posible vencer al infortunio venciendo a sí mismo. Esto es, mantener la dignidad en la adversidad, la libertad en el presidio e, incluso, lograr la victoria en la derrota.

Como siempre, los que hacemos esta *Revista de Humanidades* deseamos que los contenidos recogidos en este nuevo número gocen de la estima general. Agradecemos a los lectores sus comentarios y a nuestros benefactores (Fundación Pfizer y Fundación Sanitas) el apoyo incondicional con que nos obsequian. Hasta el próximo mes de noviembre.

José Luis Puerta
(rhum@Arsxxi.com)